

LA CANCIÓN DEL PRODUCTOR

MIGUEL GINER

SCI-FI - AVENTURAS

LA CANCIÓN DEL PRODUCTOR

POR MIGUEL GINER

I'

Sin ti es sin nada

1

No se siente preparado, pero tampoco tiene claro que vaya a estarlo nunca. Si ha pasado por todo lo demás, la velada no será un obstáculo insalvable, tan solo un trámite más molesto que quedarse en casa cambiando canales.

De optar por lo último, la nostalgia terminaría por aparecer de cualquier forma: quizá por un recuerdo ocasional de alguna película compartida, quizá por algún momento distraído en que su cabeza terminará volviendo allá donde siempre quiere hacerlo, o incluso en el peor de los casos podría ser *una canción*.

Por ello no se plantea cambios en el guión. Además, lo suyo nunca ha sido buscar excusas: admitió el reencuentro, y esa es una decisión firme, lo que procede es calzarse y salir de casa. Paso a paso.

Puerta, ascensor, botón de alarma del coche, ajustar el asiento del conductor... los trámites se van sucediendo y los resuelve sin más complejidad que seguir su propia concatenación. En algún momento le sorprende la tranquilidad con que sigue avanzando, casi le alegra su autocontrol ante el reencuentro. No se le escapa que eso mismo podría ser el síntoma de algo peor.

La cuestión no es nueva. ¿Está siendo efectivo al gestionar sus emociones o sencillamente en algún lugar se están reagrupando esperando la señal para embestir? ¿No sería eso al menos un síntoma humano, no sería lo verdaderamente preocupante no tener ni esa reacción en la recámara?

Tanto da. Llega a destino. La noche es agradable, el frío tímido y soportable. Ha aparcado en la plaza reservada y sube por las escaleras desnudas, ni una sola presencia a la

vista, tan solo la luz del interior hace intuir algo de vida. Sin detenerse mira hacia el horizonte y contempla los jardines pulcramente cuidados, el manso cielo de estrellas observando con indiferencia, sin la complicidad de sonido alguno más allá del riego y su fricción mecánica. Su falta de emotividad parece contagiosa.

En la entrada principal nadie le recibe, la extensa barra del bar, vacía. Conoce demasiado la época del año como para hacer contrastar la situación con la de los poblados meses de verano, días en que solo estando ebrio le parecía posible disfrutar de sus estancias desbordadas. Apenas una melodía uniformemente distribuida a lo largo de la sala y vinculada a un televisor —aquello fue decisión suya, siempre le gustaba que funcionara así mientras él estaba presente— le acompañan en su incursión.

Las voces se hacen más evidentes a medida que avanza. Las ha escuchado desde unos metros antes de la entrada a la zona del restaurante —que no estará en su momento de mayor apogeo pero sí fideliza clientela—, acceso que él evita por un lateral dirección al reservado, donde las que suenan, todavía indistinguibles, resultan ya familiares.

El brusco silencio es forzosamente corto. Un saludo conjunto a modo de reacción reflejo y sonrisas que saltan como resortes confirman lo acertado del ensayo. Algunos ojos muestran la contención de expresiones más efusivas, otros incluso evitan la mirada. Él cumple con su parte: abraza, besa, da palmada, tiempo a quien lo necesite antes de aproximarse, y quien más cerca pudiera estar de incumplir su parte del papel, logra hacerlo motivado por la inmensa labor de equipo del resto.

—Me gusta tu colgante— dice con tono firme y de aparente alegría sincera.

—Sí, veo que lo recuerdas— le responde una de las comensales, armada con una copa de agua para evitar que el fino hilo del control termine por resquebrajarse; tampoco él planea beber vino.

Prosigue dando la mano con firmeza. Con el tercer hombre al que saluda, encadena un abrazo, asegurando que

cuando sus caras están cerca sus ojos sigan firmes, sus sonrisas inquebrantables.

Elige su lugar, sin necesidad de que nadie le indique cuál es. La primera vez que se sienta allí, frente al lugar donde solía hacerlo. Por supuesto, todo son parejas.

—Señor Variand, desconocía que hubiera llegado— expresa con tono grave y ademán fatalista el encargado. Entra tras él como si ello implicara un error imperdonable.

—Acabo de hacerlo, no te preocupes Robert. Como ves, conozco el camino.— Su sonrisa, inalterable.

Robert se acerca a él tratando de buscar la siguiente frase, entre disculpas y ofrecimientos que se salen del protocolo habitual. ¿Cómo solía tratar con el dueño cuando llegaba? Ha pasado demasiado tiempo.

Frank intuye que también le debe un saludo y cumple con él sin levantarse del asiento.

—Es un placer volver a verle...— Su tono de voz y sobre todo su mirada compungida parece van a arruinar la escenificación, pero la profesionalidad termina imponiéndose.

—Lo mismo digo— repone Frank, entre lo cortante y lo alegre-. Vamos a ver qué tomamos esta noche...

—¿Desea usted ver la carta de vinos...?

—No— le interrumpe—. Es decir, sí, sáquela. Veamos qué desean nuestros comensales.

Las conversaciones, como si de balas de fogueo se tratase, se suceden en forma de intentos improductivos. Logran cumplir su función por acumulación: evitar cualquier silencio. Suelen involucrarle todas y su escasa extensión es la consecuencia lógica de tratar de esquivar demasiados temas. Quienes sí beben vino, mayoritariamente hombres, intervienen menos, lo hacen generalmente a modo de aprobación breve y excesivamente entusiasta al tema concreto. Refuerzan de alguna manera un hilo conductor débil que finalmente se quiebra en conversaciones de grupos más reducidos.

Algunas parejas guardan silencio, tratan de contener los mensajes que lanzarían sus miradas cuando estas se cruzan. A él lo arropan los amigos estratégicamente situados a sus

flancos. Lo tienen aparentemente fácil: él siempre sabe qué decir, qué contar o preguntar.

—Es cierto, y yo esperaba un modelo menos agresivo, pero cuando subes se nota la marca. Tiene un toque sobrio que para un coche de esa clase, con el aspecto deportivo exterior, choca. Supongo que con el tiempo envejecerá bien...— Su inmersión en la conversación parece absoluta.

—Son muy elegantes. Aún recuerdo el que tuviste durante años... ¿cómo te deshiciste de él? ¿No te darían mucho, no?

—No fue decisión mía, a poco que hubiera aguantado sin dar problemas, lo habría mantenido...

Incluso parece que el tema realmente le interesa.

—Ah... pensaba que lo diste para cambiarlo por ninguno...

—No, no. Me habrían dado poco. Algo insultante para su valor, por esa cantidad, mejor que no me dieran nada, y de alguna manera es lo que... lo que...

La distancia es tan grande.

...lo que terminó...

sucediendo.

Anthony expresa inquietud creciente con sus ojos, duda qué puede estar pasando, por qué se está deshaciendo en pedazos la normalidad. El efecto es expansivo, a su alrededor las conversaciones cesan a gran velocidad. Todos en silencio, con rostros inquietos de incompreensión, observándole y escrutando el vacío total que refleja su mirada.

El silencio lo hace todo comprensible.

Suena.

La canción.

—¡Haced algo!— El show ha terminado, la voz femenina se agrava en sus órdenes y expresa seriedad y dramatismo. Ya no hay atisbo de las sonrisas fingidas con que las que lo han recibido y con la que adornaban las conversaciones forzadas.

—¡Por Dios, que alguien la pare!— Otra voz, también femenina muestra hábito a la hora de dar órdenes en otro im-

perativo igual de inútil que el de su amiga.

Dos de los hombres salen de la sala corriendo. Frank, por el contrario, se levanta lenta y ordenadamente. Sus movimientos hacia la puerta se ven ligeramente interrumpidos por otra mujer que le coge de la manga, él coloca su mano derecha sobre la de ella, que entiende con su gesto pacífico que debe dejarle. Sigue su camino hacia el exterior, la canción es más evidente.

Ve a sus amigos internándose por la puerta al final de la barra, probablemente buscando a un Robert que esta vez sí la ha hecho buena (no hay mando visible, la altura de la televisión obligaría prácticamente a tirar piedras para apagarla). La sala principal vuelve a estar vacía, toda para él, que aparenta deslizarse camino a un destino que siempre debió entender inevitable.

La canción suena ahora muy cerca. La ve. Cómo la susurra. Cómo la expira con dolor perceptible cuando se le entornan los ojos en cada uno de los gestos medidos del videoclip ejecutado con asombrosa naturalidad.

Toda para él.

2

Fue en una terraza que poco tenía que ver con la que ahora queda a sus espaldas. Hasta esta última, y pese a que él se encontraba a cientos de kilómetros de distancia, se extendía la celebración en su nombre: por aquel entonces el restaurante ya era suyo y vivía uno de sus momentos de apogeo en aquella noche en honor de su admirado propietario.

En esos días la intromisión constante de los premios en su vida la sobrellevaba ayudado por la práctica, que había ido creciendo apoyada en la constancia con que se acumulaban. Influía en su estabilidad que su nueva función le dejaba menos expuesto, en un punto confortable por alejarle del protagonismo absoluto de otros tiempos. Su éxito parecía igualmente constante, pero le resultaba más fácil de asumir.

Curiosamente, la época en que más atención directa había obtenido de los medios —en la primera parte de su carrera—, había obtenido mucho menos reconocimiento; ahora además podía trabajar con mucha más comodidad y recursos, sin perder tanto tiempo entregándose al marketing o adaptándose a sus exigencias: si antes todo el trabajo recaía sobre él, ahora su función se limitaba a localizar las piezas adecuadas, a hacerlas funcionar. Había llegado a ser el engranaje más importante de un mecanismo que en la parte de producción integraba todo su talento polifacético, y en esa labor era intratable, no había otro igual.

Resultaba por tanto comprensible que, atendiendo a sus circunstancias y en un entorno como el de la gala de aquella noche, el número de elogios recibidos superara lo humanamente digerible. No había suficiente vino ni suficientes dosis de realidad con que intentar el equilibrio, si seguía frente a ellos terminaría o por vomitar su grandeza en sus caros trajes de noche, o por convertirse en una diva de las que habla de sí misma en tercera persona. Era momento de tomar aire.

Consumada su fuga, mirar desde una esquina de la solitaria terraza a la imponente presencia blanca sobre el mar oscuro —limitado pues a brindar el reflejo de esa gran luna—, le parecía el paraíso. Efímero como todos: el sonido de la apertura de puertas anunció intromisión.

Él ni se giró. Se preparó para recibir más halagos. Felicitaciones por los premios recibidos. Comentarios de vocación jocosa. Alguna pregunta sorprendida sobre qué hacía allí, como si no fuera obvio.

No le dijo nada. Quedó igualmente mirando el horizonte en silencio, le dejó espacio para la curiosidad, con la que de reojo la observaría para ver cómo su cabello se movía a través de las caricias de la brisa que ambos disfrutaban. Fue él quien al mirarla la despertó.

—¡Ah...! Lo... No sabía que... que...—Le reconoce—. No sabía que hubiera nadie.

—Sí, de hecho no estoy aquí. —Se pausa—. Como tú.

Le sonrío. Su sonrisa es cómplice en brillos con el reluciente y ceñido traje que viste, propio de una noche de fiesta con auténtico sentido del espectáculo. Es hermoso como para hacer lucir a cualquiera que pueda ajustarse a sus exigentes dimensiones, y con todo resulta anodino para quien llegue a apreciarla a ella por encima de sus adornos.

Él parece hacerlo. Con la frialdad de la experiencia, puesto que las conoce a todas. A sus grandezas, a sus miserias. A su inevitable falta de equilibrio ante un éxito que será más o menos fugaz, pero siempre necesariamente confuso. Podrán ser solo las marionetas de una maquinaria que quizá no las necesite mucho tiempo, pero en esa fase de sus vidas las desorientará perversamente haciéndolas creer que son ellas las que marcan el ritmo.

Algo muy distinto a lo de Frank. Sin problemas de autoestima, obligado a recluirse y a desconfiar de todo aquel que se le acerca. Con dinero y destacando en un puesto como el suyo, lo primero ya lo hace demasiado apetecible, lo segundo —y más en fiestas como esa— le convierte en el objetivo prioritario.

¿Ventajas? ¿Una noche tórrida con posibles malentendidos a todos los niveles? ¿Ellas creyendo que eso le impone obligaciones, la prensa destripándole si estas malinterpretan su función y deciden rentabilizarlo por esa vía?

Conoce las reglas, sabe las consecuencias. Por eso en momentos como ese guarda silencio. Espera la siguiente frase y con naturalidad responderá a la defensiva. Apostaría a que va a ser un halago. Lo haría para acertar.

—Tienes una de las canciones que más me han emocionado nunca. Casi todas las que tienes me parecen sinceras. Pero hay una que cuando la escucho me motiva a querer seguir escribiendo, para tratar de dar alguna vez con una parecida.

¿Sinceras? ¿No es él, y ahora más que nunca, un mercenario de la música? ¿un tipo que escribe para otros, que arregla, que contrata especialistas y diseña una función a medida? ¿Queda algo de sinceridad en ese negocio? Le

parece más fácil que nunca qué decir y qué hacer en una composición para lograr el siguiente superventas...

—¿Cuál?— Se ve forzado a preguntar.

—«Te suplico, quédate».

Guarda silencio. Uno de sus temas. De los suyos, suyos. Es decir, de los que cantó en su primera época. Entonces él llevaba las riendas de toda su carrera, que en el mejor de los casos podría calificarse de mediocre.

—Por... ¿por qué esa?

—Te sales de la canción. Es como si conocieras las reglas tan bien que pasaras gran parte de ella haciendo una canción a medida de la radiofórmula... para luego abandonar esas reglas y desgarrarla, dejando a un lado lo que tu voz te permite. Como si todo fuera una mentira menos ese tramo. Es una lástima que tuvieran tanto éxito las versiones que otros hicieron después, tras escuchar la tuya, siempre suenan a imitaciones, y sin embargo ya nadie recuerda la original.

Se queda mirándola un segundo. Ya no le parece hermosa. Ya no es la chica con opciones a ser la más bella de una fiesta repleta de caras bonitas para que el show luzca. Por no hablar de esa raza especial de mujeres de físico descomunal elegidas como acompañantes de exhibición por hombres poderosos, con cargo a distintos tipos de facturación. Nada que ver.

Es única.

Si era lo que buscaba, lo ha logrado: la quiere para su próxima canción.

3

—Estoy asombrada. La letra me parece enorme, te diría que de lo mejor que he leído.— Sus ojos rebosan entusiasmo, él, por el contrario, en su contención casi aparenta estar aburrido.

—Me alegro— responde cortante—. Vamos pues a empezar.

La idea ha quedado clara. Ha estado días ordenando las pistas con las que ella podrá poner voz al tema, y pese a que el resultado final poco tendrá que ver con lo que ahora están dando forma, su interpretación saldrá de esas grabaciones. Es su manera habitual de hacer las cosas, la apretada agenda de Andrea difícilmente permitirá un hueco para grabaciones adicionales (si son necesarias lo forzaría, pero no será sencillo).

Cuando él asiente con la cabeza, ya está mentalizada. Antes le ha explicado que quiere tres formas diferentes de cantarla, una desde lo que ha llamado una suave melancolía, otra con desconsuelo y una última con un matiz de optimismo energético.

Ella no ha tenido que hacer demasiados esfuerzos. Apenas ha alargado más un parpadeo, y con los ojos cerrados y en el silencio del estudio, enfocando hacia la neutralidad de la pared en tono gris mortecino, se ha sumergido en el lugar donde la esperan sus recuerdos tristes. Un almacén lleno. Normalmente ha de esperar a que una habitación de hotel fría y de lujo inútil, un día de resaca, de lluvia o algún desencuentro variado provoque que esos demonios se liberen. Casi siempre excusas nimias, pero en todo caso algo mejor que cuando espontáneamente y sin causa alguna esa misma pena brota a traición.

Cuando se encuentra así nunca es capaz de tratar de componer. La idea de cantar salvo que esté en la agenda – momento para el piloto automático– le parece incluso incoherente. Es cuando empieza a amainar, cuando vuelve a sentir el control, cuando recupera la energía y la inspiración.

Lo que no sucede nunca es que ella se asome voluntariamente a buscar tristeza donde seguro que puede encontrarla. A los tópicos que en su caso son su vida: un padre cegado por el alcohol y la furia destrozando la casa que un día iba a ser el escenario de un cuento de hadas; su primer chico haciendo puré sus sesos a 210 kilómetros hora apenas hora y media tras su primer beso; su madre indiferente a ese dolor explicando de alguna manera extravagante que

aquello incluso podría ahorrarle el mismo infierno que ha vivido con su marido (del que por fortuna ya nada saben)...

Su carrera de éxito tampoco ha sido un camino de rosas: las falsas promesas de atajar camino a lo más alto, los pobres diablos vendiendo viajes al estrellato con noches de drogas, las amigas que sin excepción nunca lo fueron (incluyendo a la pequeña Rose, que ni sabe si seguirá viva tras la tercera sobredosis)... pero al menos se lo ponen fácil si quiere melancolía.

Asomándose de refilón a ese pozo de miserias, cree tener bastante. Cuando la percusión y el piano marcan desde sus auriculares el inicio del camino, da buena cuenta del control de su voz que comienza susurrando con dulzura. Hay pena, pero también esperanza, probable reflejo de lo que significa para ella esa grabación. Lo que no parece tan claro es que esté ciñéndose al tono que buscaba en esa primera versión.

Frank capta un matiz claramente diferente de lo previsto, pero no se plantea corregirla. El tono le parece bello, encadena las frases como si las hubiera cantado cientos de veces y a través de épocas diferentes: parece un tema maduro. Quiere saber dónde se dirige, cuando acabe esta primera interpretación verá cómo orientar una segunda, cuando cumpla el ciclo pactado de las tres grabaciones diferenciadas irá a por los cortes concretos. Para ello toma notas sobre una de las fotocopias con letra y partitura que ahora mira sin pestañear mientras con sus auriculares la escucha cantar. Pasea la pluma por la mitad del primer folio cuando se detiene y alza la mirada.

La voz suave se ha rasgado y sube. Es el primer estribillo y en él la combinación de melancolía y esperanza que debía administrar en distintas grabaciones, viene con lo que él interpreta como un matiz de condena. Apenas ha comenzado la función y sin embargo Andrea parece estar conteniendo las lágrimas. Esa primera toma habrá que repetirla por más motivos: sin las anotaciones que debería estar realizando le sirve de poco. Y pese a ello no va a volver a mirar la partitura hasta que ella deje de cantar.

El encadenado de las frases sigue creciendo: ha marcado un ritmo muy alto desde el inicio y duda que el clímax tras el tercer estribillo y alrededor del solo de guitarra mantenga una voz coherente. Para ella no hay ya otro camino; cómo se las ha ingeniado Frank para escribir una letra que la conmueva hasta ese extremo es un misterio que con todo no la sorprende, los elogios a una de sus canciones el día que se conocieron eran rigurosamente ciertos.

Frank contempla absorto la grabación más apasionada de un tema que ha escuchado en estudio. Inevitablemente coincide en su cabeza el recuerdo de lo que está presenciando con la composición que ella citó el día que se conocieron. «Te suplico, quédate» tiene un peso especial en su carrera, bajo el nombre «Siempre conmigo» es la que más ingresos le ha generado en concepto de royalties: dos interpretaciones diferentes —una producida por él, otra una suerte de experimento dance— contribuyeron a que su nombre se conociera en la industria. Tiempo después, ya consolidado, la tercera versión a cargo de la chica prodigio del blues de hace cuatro años —y de la que sabe poco desde entonces—, arrasó y se convirtió en la única que realmente respeta. Pero aún así, ni esta le sugiere la mitad que la que él grabó en sus primeros años: mientras la chica de los blues cantaba tirando de portentosa voz, él lo hacía con el alma.

Andrea hace ambas cosas a la vez. Y sigue modulando los tonos a medida que se suceden los últimos versos. Las lágrimas brotan pasado el último estribillo y él casi cree que va a terminar gimoteando junto a ella. No da crédito, el estudio ha sido siempre tan romántico desde su perspectiva como una oficina de correos: poco importa el descorazonador contenido de las letras que entre cartas mueven los comprometidos funcionarios. Cuño sobre albarán... y a otra cosa.

Al concluir se hace el silencio y ella se aparta con una mano las lágrimas. A su manera se siente culpable entendiéndolo que ha fallado. Él sigue desconcertado observándola. Quisiera darle una próxima instrucción, animarla, felici-

tarla, incluso censurarla antes que seguir observándola en silencio. Pero la canción ya no importa. La ama como no recuerda haber amado a nadie.

4

La inspiración alimentada por su terca obcecación con Andrea le tiene encerrado durante días. La segunda jornada junto a ella le ha hecho ajustar versos y le ha propuesto cambios en la letra, algo que inicialmente le ha sorprendido, pero que, tras ver el resultado, le ha dejado enormemente satisfecha. De hecho le ha dedicado una sonrisa tan entregada tras leer la versión definitiva que casi le ha hecho dudar si lanzarse a abrazarla.

Cuando varias jornadas después Andrea parte camino a su siguiente compromiso, trata de mostrarse frío y distante, incluso los besos de despedida le han forzado a ser él quien mire al muro grisáceo del estudio. Sin duda el experimento de componer un tema para ella se le ha ido de las manos.

Pasa largas jornadas saltando de corte en corte entre distintas versiones. Ha llegado a trabajar con cinco diferentes que ha intentado pulir con igual esmero para luego compararlas cuando tienen un nivel de similar elaboración.

Es con la sexta, surgida una noche tras volver a empezar de cero en un impulso durante la cena, cuando siente que las piezas encajan o al menos lo hacen de una forma refrescante. Hay tramos con su voz desnuda, otros con los instrumentos encadenándose con sutileza mientras crecen hacia el desenlace. A las dos de la mañana está tan convencido del resultado que decide que ha de sacarse esa composición de la cabeza de la mejor forma que sabe: sale del estudio, busca el único bar abierto en la zona, y a cuatro dólares y medio por unidad decide llenarse den cerveza mientras escucha temas repletos de fuerza que incluyen a los Rolling y a los Sex Pistols.

El movimiento no es nuevo. Vuelve al estudio y con los oídos adaptados a éxitos consolidados y algo de alcohol en las venas, entiende que su forma de escuchar y sus nuevos

ajustes van a alterarse justo como necesita: no hay tema nuevo que resista la comparación con un clásico. Dispuesto a poner los pies sobre la tierra y a olvidar la satisfacción exaltada de los últimos ajustes, empieza haciendo una copia —por lo que pueda pasar— y de ahí pasa a escuchar la canción. Momento en que, ahora sí, llora.

La vuelve a reproducir hasta tres veces más, la última anotando posibles cambios con los que pasará dos horas para alcanzar el límite máximo de su obstinación. Finalmente a las seis de la mañana se va a casa y duerme. Se dice que necesita una semana sin volver al estudio, que ha de alejarse y desconectar.

Son las siete de la tarde cuando tras un impulso que le ha llevado a la ducha y de ahí al coche, entra de nuevo en el estudio. Algunos en el edificio le han mirado de reojo, él apenas ha levantado la mano para saludar a un par con los que ha intercambiado conversaciones de ascensor en alguna ocasión. Su ritmo acelerado transmite urgencia y compromiso, nadie osaría modificar su trayectoria.

Coge su versión final, vuelve a ponerse los auriculares, y especulando con el grado de decepción al volver a enfrentarse a algo que antes de despertarse creía anormalmente redondo, termina quedando incluso más asombrado que antes: la ha escuchado tras horas sin descanso y tras un breve descanso, tras contrastarla sin alcohol y con alcohol, la ha puesto a prueba con prejuicios y con resaca... puede concluir que nunca le ha pasado nada similar con tema alguno. «Dentro de ti» como título provisional le parece ahora que merece un nombre mejor. Ni le importa con qué tratará de ensañarse la crítica cuando el éxito sea demasiado grande como para que algunos no lo usen para dárselas de esnobs y ningunearla cuando no calificarla de agotadora; tanto da lo que lleguen a machacarla las radios tras sobreexplotarla, después de escucharla tantas veces cree tenerla ajustada para superar esa prueba.

No tiene dudas, ha compuesto su mejor canción hasta la fecha. Ha contado con los mejores instrumentos y los ha

empleado a pleno rendimiento. El único pero, que se ha enamorado perdidamente de uno de ellos.

5

Puede que diez años atrás robar dos minutos de una radio local fueran una aspiración que le quitara el sueño. Ahora, no obstante, si aprieta lo suficiente puede lograr los cuatro más valiosos de la industria sin que nadie le cuestione. Ha necesitado decir más bien poco, no en vano ella es una estrella del momento y él tiene una de las mejores agendas en su móvil. «No te arrepentirás», «te daré un momento para la historia» son frases que han salido de su boca sin que ninguno de sus interlocutores cuestionen lo rotundo de las mismas. Él las cree a pies juntillas, pero los nervios son inevitables: no es lo mismo que sea uno de sus clientes quien se la juegue con un tema que él se ha limitado a ajustar, que una canción compuesta por él se haga pública con una repercusión absoluta lograda tirando personalmente de su prestigio. Tiene en sus manos una interpretación en la entrega de premios con mayor seguimiento, retransmitida en directo alrededor de lo largo y ancho del mundo en un año particularmente jugoso en nominados. El marco, insuperable. La tensión... inevitable.

Andrea, que aparece como candidata a alzar el premio a mejor videoclip musical, está muy poco interesada por la posibilidad de llevarse ese galardón. Lo del vídeo le suena a alusión a su físico, la canción del mismo le parecía correcta hace unas semanas, ahora es tan valiosa para ella como la melodía que suena cuando le llaman al móvil.

Nunca ha sentido tanto interpretando un tema como con «Dentro de ti» (el nombre finalmente no ha variado, cosa que a ambos les importa poco) y esta será la primera vez que lo hace en directo. Y qué directo.

Su enfoque es claro, aprovechar las innumerables veces que la ha ensayado en los últimos días para ceñirse a una versión lo más contenida posible, con los momentos justos para entregarse en los dos últimos estribillos. La idea, de-